

LO ÚNICO QUE QUEDA

El Ferrari rojo descansa en el semáforo de Duquesa Villahermosa. Está esperando que la luz verde le deje girar a Don Pedro de Luna. Ruge despacio, como león cansado. Gira a la derecha y evita pisar el acelerador, aunque el motor lo pida a gritos. A la altura del pasaje duda si encarar hasta Paseo Calanda o seguir recto. Los viandantes se giran para ver la carrocería brillante, la placa amarilla abrumadora con el caballo erguido. Elige aparcar. Hace las maniobras con dificultad y sin reparar en la ayuda que le da un chico joven. Aunque queda demasiado alejado de la acera el ruido atronador para. Sale el bastón en primer lugar, el pie derecho tras el izquierdo. Se levanta con dificultad del bajo asiento. Se pone la gorra. Cierra la puerta y todas las luces del coche se encienden para indicar que está bien cerrado. Arrastra los pies con dificultad, lleva mal abrochada la chaqueta, no se ha podido atar los cordones. Tampoco mantiene la estabilidad.

El chico de la panadería, que le ha intentado ayudar al aparcar, le dice:

—¿Qué tal va Don Manuel?

—Tirando, hijo, tirando.